

Lo dijo alguien que persiguió agónica y obsesivamente la perfección: "actuar es fácil, pensar es difícil; actuar según se piensa es aún más difícil".
Johann Wolfgang von Goethe

BENDICION SILENTE



AP Y REUTERS

Sin pronunciar palabra alguna, el papa Juan Pablo II apareció 15 minutos en una ventana del Vaticano para impartir la bendición Urbi et orbi ante alrededor de 70 mil fieles en la Plaza de San Pedro, y concluir así la liturgia de la Semana Santa

■ 24

opinión

Pensiones y trabajo

LEÓN BENDESKY

17

hoy

La Jornada
EN LA ECONOMÍA

opinión

IVÁN RESTREPO	16
CARLOS FAZIO	16
JOHN SAXE-FERNÁNDEZ	17
ROBERT FISK	23
JOSÉ CUELI	30
HERMANN BELLINGHAUSEN	Cultura

El otro Cancún, enorme cuarterío de miseria

■ BLANCHE PETRICH

ENVIADA

CANCUN, QR. La glorieta del *Ceviche*, conocida popularmente con ese nombre por las esculturas de caracoles y estrellas de mar hechas de tosco cemento pintado, es una encrucijada de grandes avenidas. Una lleva a la larga franja —22 kilómetros— de playas privadas, hoteles, discotecas, condominios de lujo, plazas comerciales, marinas y campos de golf que captan más de 2 mil millones de dólares al año. Las otras avenidas llegan hasta los confines del "otro" Cancún, donde viven los trabajadores que mantienen activa esa industria sin chimeneas.

Un letrero en una cartulina indica hacia la izquierda: "Zona Hotelera". En esa dirección, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) ha registrado la presencia de 10 idiomas habituales, entre europeos y asiáticos. Hacia la derecha, el ingenio popular asignó otra nomenclatura: *zona atolera*. En esa zona, conformada por capas de cinturones de miseria que se han ido asentando en los últimos 35 años, desde la fundación de Cancún, se hablan 52 lenguas indígenas de las 62 que se cuentan en México, también según el INEGI. Cada semana llegan 3 mil nuevos buscadores de empleo en pos de un espacio dónde vivir en ese extenso *cuarterío* que es el "otro Cancún".

Valle Verde es una de las regiones —como le llaman localmente a los barrios— que quedan en uno de los extremos de esa *zona atolera*. Como otras 300 de su tipo, es un asentamiento irregular, sin servicios. Ni calles ni agua entubada, electricidad o drenaje. Ahí vive Luis Cárdenas en una palapa; un solo espacio que comparte con su mujer, sus hijos, su madre, sus tíos y algunos parientes más, todos emigrantes de Tierra Blanca, Veracruz. Cada día, antes del alba, sale hacia su trabajo. Ilumina con una linterna la caminata de media hora por el monte hasta que llega a la carretera, donde aborda un pesero. Otros trabajadores que cubrieron turnos nocturnos caminan en senti-

Más de 300 asentamientos irregulares; 3 mil migrantes se suman cada semana

do contrario por la vereda. Ya con la luz de día llega al cruce donde se arremolinan cientos como él para tomar los autobuses que, llenos a las seis de la mañana, los transportan a la zona hotelera. Dos horas después de salir de su casa llega a las puertas del hotel donde labora.

Santa Cecilia es otra de esas

colonias. A la altura del kilómetro 21 —de fama dudosa, pues ahí fueron reubicados los antros de la zona roja— hacia la derecha, se encuentra el extenso ejido Alfredo Bonfil, fundado durante el movimiento de colonización de los años de Luis Echeverría. Hace mucho tiempo que los antiguos ejidatarios, *importados* de

Durango, abandonaron la agricultura. La reforma agraria salinista les permitió fraccionar sin regulación alguna sus enormes terrenos para venderlos.

En los confines de Cancún

La civilización termina a la orilla de la carretera, donde el ex ejidatario Juan Martínez —sombbrero norteño y *troca* del año— edificó su casa, grande, aparatosa y de muchos colores. Selva adentro, a lo largo de más de 10 kilómetros de calle de tierra, se han asentado algunas de las últimas oleadas de migrantes, atraídos por promesas de empleo seguro para un mercado laboral cada vez más restringido. Y sobre todo por letreros como los que se han clavado en algunos árboles a la orilla del camino de tierra: "Vendo terreno, 10 por 50, 20 mil pesos".

Es el caso de la familia de Tomasa, proveniente de Coatzacoalcos. Vive al final de la calle de terracería. Su casa es un cuarto de cartón y un tejado con un fogón, donde en esos momentos fríe unas tostadas para el hijo. El patrimonio familiar es una Combi con la que Leonardo, el mayor de los hijos, da servicio de transporte a la colonia. Y una bicicleta de afilador, el oficio del marido. Nadie en esa familia sabe leer o escribir. Por eso, reconoce doña Tomasa, se tienen que conformar con los empleos que nadie quiere. Con todo, agradece la suerte de haber podido comprar un terreno de 10 por 20 metros cuadrados a 15 mil pesos, en un paraje rodeado de selva. A unos metros de su puerta, en las ramas de un árbol revolotean cuatro cardenales, especie en peligro de extinción. La visitan también, dice, una especie de palomas silvestres que los mayas llaman *tzui-tzui*. Y de noche hay que espantar a los tejones.

Para doña Lucía Chí y su marido, Antonio U, el sueño de Cancún significó que pudieran darle universidad a su único nieto. En su pueblo, Calkiní, Campeche, no hubieran podido. No fue fácil con el salario de jardinero de Antonio. Pero doña Lucía siempre prefirió comprar un cuaderno que renovar los zapatos del nieto.



JOSE CARLO GONZALEZ

Doña Tomasa utiliza leña para cocinar en Santa Cecilia, uno de las decenas de asentamientos irregulares carentes de servicios en la zona conurbada de Cancún